

843
L.

PQ 2242

H438

Es propiedad.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1884.

Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra,
paseo de San Vicente, número 20.

HISTORIA DE UNA PARISIENSE.

PRIMERA PARTE.

I.

Sería excesiva la pretension de que todas las jóvenes solteras son ángeles; pero no puede negarse que hay ángeles entre ellas. Podríamos aún decir que no es muy raro que los haya, y, cosa que parece á primera vista extraña, que quizá es ménos raro en París que en otras partes. La razon es sencilla. En esta grandiosa estufa parisiense, las virtudes y los vicios, al igual que los talentos, se desarrollan con verdadera exuberancia, y alcanzan su más alto grado de perfeccion ó de refinamiento. En

ninguna parte del mundo se respiran más fuertes venenos ni más suaves perfumes. En ninguna parte la mujer, cuando es bonita, lo es más; en ninguna parte, cuando es buena, es mejor.

Se sabe que la Marquesa de Latour-Mesnil, si bien era á la vez de las más bonitas y de las mejores, no habia sido completamente feliz con su marido. Y no porque éste fuese un mal hombre, sino porque le gustaba divertirse, y no se divertía con su mujer. Como resultado habíase ocupado muy poco de ella, que lloró mucho en secreto, sin que él se apercibiera ó se inquietara; despues murió, dejando á la Marquesa con la triste impresion de que habia truncado su vida. Su alma dulce y modesta la llevó á pensar que ella nunca era la culpable de sus desgracias, que atribuía á la insuficiencia de sus méritos, y queriendo evitar á su hija un destino parecido al suyo, consagró su existencia á darle una educacion distinguida y hacerla tan capaz como una mujer puede serlo, de retener

el amor en el matrimonio. Esta clase de educaciones exquisitas son en París, como en otros lugares, el consuelo de muchas viudas, de quienes alguna vez vive aún el marido.

Mademoiselle Juana de Latour-Mesnil habia recibido ámpliamente del cielo todos los dones que podian favorecer la ambicion que su madre concebía por ella. Su espíritu, naturalmente activo y dispuesto, se habia prestado desde la niñez al delicado cultivo maternal. Más tarde, profesores escogidos, cuidadosamente vigilados y dirigidos, habian acabado de iniciarla en las nociones, en los gustos y en los talentos que son el adorno intelectual de una mujer. Y en cuanto á la educacion moral, tuvo por único maestro á su madre, la cual, por el solo contacto y por la pureza del aliento en que la envolvía, hizo de ella un alma tan sana como ella misma.

A los méritos que acabamos de indicar, mademoiselle de Latour-Mesnil añadía otro que la debilidad humana no puede ménos

de tener muy en cuenta: era extremadamente bonita; tenía el talle y la gracia de una ninfa con la candidez y los rubores de niño. Embarazábala su propia superioridad, de la cual tenía una vaga idea, causándola á la vez fiereza y pudor. Á solas con su madre era expansiva, entusiasta y áun charlatana; en público manteníase inmóvil, tranquila y muda como una bella flor; pero sus ojos magníficos hablaban por ella.

Después de haber completado con la ayuda de Dios esta obra deliciosa, la Marquesa de Latour-Mesnil debía, sin duda, aspirar al descanso, á que ciertamente tenía indiscutible derecho. Pero el reposo no se ha hecho para las madres, y la Marquesa no tardó en sentirse presa de una agitación febril, que muchas de nuestras lectoras comprenderán. Juana había llegado á los diez y nueve años, y era preciso pensar buscarle un marido. Esta hora es, sin duda, para las madres una hora solemne. No nos admira que ellas se preocupen mucho en ese momen-

to: lo que nos admira es que no se preocupen más aún. Pero si una madre debe siempre experimentar en ese momento supremo mortales angustias, ninguna tanto como madame de Latour-Mesnil, que supo tener la virtud de educar bien á su hija; ninguna tanto como ella, que, amasando con sus castas manos esta jóven alma y este jóven cuerpo, supo refinar profundamente, depurar y áun espiritualizar sus instintos. Es preciso que esta madre sepa comprender que una hija así educada y formada está separada de la mayor parte de los hombres que frecuentan nuestros paseos, y áun nuestros salones, por un abismo intelectual y moral tan ancho y profundo como el que las separa de un negro del Zululand. Es preciso que ella se repita que entregar su hija á uno de esos hombres es sumirla en la peor de las desgracias y degradar indignamente su propia obra. Su responsabilidad en tal materia es tanto mayor, cuanto que las jóvenes, en nuestras costumbres francesas, están absolutamente imposibili-

tadas de tomar una parte seria en la eleccion de su marido. Con muy pocas excepciones, puede afirmarse que ellas han admitido por un exceso de confianza á aquel que se las designa como prometido, porque ellas le prestan todas las cualidades que le desean.

Preocupábase, pues, con justo motivo madame de Latour-Mesnil, teniendo verdadera ansiedad de casar bien á su hija. Pero difícil sería concebir lo que una mujer honrada y espiritual como ella entendia por casar bien á su hija, si no se viese todos los dias que la experiencia personal más dolorosa, el amor materno más verdadero, el espíritu más tierno y delicado, y aún la más alta piedad, no bastan para enseñar á las madres la diferencia que hay entre un matrimonio brillante y un buen matrimonio. Se puede en realidad reunir las dos condiciones al mismo tiempo, y esto es sin disputa lo mejor; pero es necesario tener cuidado, porque un brillante matrimonio es á menudo lo contrario de un matrimonio

bueno, porque deslumbra, y por consecuencia, ciega.

Para una jóven que debe aportar, como mademoiselle de Latour-Mesnil, quinientos mil francos de dote á su marido, un brillante matrimonio es con un marido que tenga tres ó cuatro millones. En verdad, parece que una mujer puede ser feliz con ménos. Pero, en fin, se confesará que es difícil rehusar cuatro millones cuando os los ofrecen. Pues bien: en 1872 el Baron de Maurescamp ofreció seis ó siete á madame de Latour-Mesnil por intermedio de una amiga comun, que habia sido su querida, pero que en el fondo era una buena señora.

Madame de Latour-Mesnil respondió, con la dignidad conveniente, que ella se sentia halagada por esta proposicion, pero que pedia, sin embargo, algunos dias para reflexionarla y para informarse. Mas, apenas fuera de su salon la embajadora, dirigióse al cuarto de su hija corriendo, la estrechó locamente sobre su corazon y se deshizo en lágrimas.

—¿Un marido?—preguntó Juana fijando sobre su madre sus grandes ojos de fuego.

La madre hizo seña que sí.

—¿Y quién es ese señor?

—¡M. de Maurescamp!..... ¡Ah, hija mia, ya lo ves, es brillante!.....

Habituada á mirar á su madre como infalible, y viéndola tan dichosa, Juana no dudó un instante en compartir ese sentimiento, y las dos pobres criaturas cambiaron durante largo rato sus besos y sus lágrimas.

Durante los ocho días que siguieron, y que Mme. de Latour-Mesnil creyó sinceramente consagrar á una averiguacion formal sobre la persona de M. de Maurescamp, no tuvo en realidad otra preocupacion que la de cerrar sus ojos y sus oídos para no ser arrancada á su hermoso sueño. Por otra parte, recibió de su familia y de sus amigos felicitaciones tan entusiastas con motivo de este matrimonio magnífico, leyó tanto despecho y envidia en los ojos de las

madres rivales, que tuvo muchos motivos para fortalecerse en su determinacion. M. de Maurescamp fué, pues, formalmente aceptado.

Hácense en el mundo matrimonios más ridículos, por ejemplo, los que se concluyen despues de una entrevista única en algun palco de teatro entre dos desconocidos, que más tarde, por su desgracia, se conocerán demasiado. Madame de Latour-Mesnil y su hija habian siquiera encontrado algunas veces en sociedad á M. de Maurescamp: no era de su intimidad, pero le habian visto acá y allá, en los espectáculos, en el Bosque; sabian su nombre y habian visto sus caballos. Era algo.

Por lo demas, M. de Maurescamp no dejaba de presentar algunas apariencias engañosas. Era un hombre como de treinta años, que hacía con cierto esplendor la alta vida parisiense. Habia heredado el título de su abuelo, general bajo el primer Imperio, y de su padre una gran fortuna, honrosamente ganada en la industria. Él

mismo ocupaba, gracias á su nombre, algunas agradables prebendas en grandes sociedades financieras. Hijo único y millonario, habia sido muy mimado por su madre, por sus criados, por sus amigos y por sus queridas. Su confianza en sí mismo, su aplomo lleno de seguridad, su gran fortuna, imponían al mundo, en el cual no faltaban gentes que le admirasen. Escuchábase en su círculo con cierto respeto. Cansado, escéptico, burlo, frío y altivo de todo lo que no era práctico, hablaba, en medio de su profunda ignorancia, con voz llena y reposada, que le daba autoridad y prestigio. Habíase formado sobre las cosas del mundo, y particularmente sobre las mujeres, á quienes despreciaba, algunas ideas bastante vulgares, que erigia en principios y en sistemas, simplemente porque tenían el honor de pertenecerle. «Tengo por principio..... Entra en mis principios..... Tengo por sistema..... Ese es mi sistema.....» Estas fórmulas volvían á cada minuto á sus labios. Si hubiera nacido po-

bre, no hubiera sido más que un hombre comun; rico, era un tonto.

La elección que este personaje habia hecho de Mlle. de Latour-Mesnil puede sorprender á primera vista. Era de su parte, y ante todo, un rasgo de vanidad, y era también un cálculo. Admirábase en la sociedad parisiense á Mlle. de Latour-Mesnil como una señorita completa. Habitado á no rehusarse nada y á satisfacer en todo sus deseos, parecióle glorioso apropiársela y poner en su sombrero aquella flor exquisita. Además, tenía por principio que el verdadero medio de no ser desgraciado en el matrimonio es casarse con una mujer de educación perfecta. El principio no era malo en sí. Pero lo que ignoraba M. de Maurescamp, es que para arrancar una de esas plantas delicadas del invernadero maternal, y trasportarla con éxito al terreno del matrimonio, se necesita ser un horticultor de primer orden.

Físicamente, M. de Maurescamp era alto y de buena figura, un poco subido de

color, y de elegancia algo rebuscada. Fuerte como un toro, parecía tener el deseo de aumentar indefinidamente sus fuerzas. Ejercitábase por las mañanas con las pesas, daba saltos en las salas de armas, sumergíase dos veces por día en agua helada, y mostraba con orgullo en las levitas ceñidas su torso suizo.

Tal era el hombre á quien Mme. de Lattour Mesnil juzgó que era una dicha confiar el destino del ángel que tenía por hija. Verdad es que ella tenía una excusa que tienen muchas madres en igual caso. Estaba en cierto modo enamorada de su futuro yerno, á quien agradecía con el alma la distincion que habia hecho con su hija; le creía dotado de superior inteligencia por haber sabido apreciar la inteligencia de su hija; le juzgaba hombre honrado y lleno de delicadeza por haber preferido, en la persona de su hija, la belleza y el mérito á otras ventajas más positivas.

En cuanto á Juana, sentíase naturalmente preparada, como ya hemos dicho, á

aceptar con toda confianza la eleccion de su madre. Estaba además, como todas las jóvenes en su caso, dispuesta á enriquecer con sus sentimientos personales al primer hombre que le permitiesen amar, adornándole con su propia poesía, reflejando sobre él su belleza moral, y trasfigurándole, en fin, con su puro esplendor.

Hay que convenir tambien en que M. de Maurescamp, una vez admitido á obsequiarla, correspondió bastante bien, por sus maneras, por su proceder y su lenguaje, á la idea que una jóven puede formarse de un hombre amable y enamorado. Todos los novios que tienen la bolsa llena y que son hombres de mundo se parecen. Los dulces, los ramos, las joyas, les procuran una especie de poesía suficiente. Además, los ménos románticos sienten por instinto que es necesario en estas ocasiones hacer cierto gasto de idealismo, y no es raro oír á ciertos hombres exaltarse poéticamente, delante de su prometida, por la primera y por la última vez de su vida, usando ese

lenguaje como se usa un lenguaje particular para los niños y los falderillos de quienes se quiere ganar la amistad.

Esta fase, llena de ilusion y de encanto, se prolongó para Mlle. de Latour-Mesnil, á través de las magnificencias del *trousseau* hasta los dulces resplandores del matrimonio religioso. En este dia supremo, puesta de rodillas ante el altar mayor de la iglesia de Santa Clotilde, bajo la luz sideral de los cirios, en medio de las flores que la rodeaban, puesta la mano en la mano del esposo, lleno el corazon de gratitud, de piedad y de dichoso amor, Juana tocó el cielo.

No es temerario afirmar que más allá de estas horas llenas de encanto el matrimonio, para las tres cuartas partes de las mujeres, no es más que una excepcion. Pero la palabra de excepcion es muy débil cuando se trata de expresar lo que puede sentir un alma y una inteligencia de exquisita delicadeza en la intimidad conyugal de un hombre vulgar. Sobre la manera de

agradar á las mujeres y de fijarlas á su marido, M. de Maurescamp tenía ideas que sería difícil expresar de una manera conveniente. Habrémos dicho bastante, y áun demasiado, dejando comprender que para él, no siendo el amor otra cosa que el deseo, la virtud de las mujeres no era más que el deseo satisfecho.

Monsieur de Maurescamp se engañaba de tiempo, hubiera podido tener razon con sus teorías en aquella edad lejana del mundo en que el hombre y la mujer se distinguían apénas del oso de cavernas. Pero olvidaba completamente que una jóven parisiense, pulida por la civilizacion y afinada en sus sentimientos por la educacion más delicada, no deja seguramente de ser una mujer, mas deja en absoluto de ser un animal. Si vuelve al estado salvaje, de lo cual no faltan ejemplos, es siempre su marido quien la conduce.